

El plan que debía seguirse era muy sencillo: consistía en aceptar la Constitución, desechando los decretos; esto es lo que se propuso hacer en París, invitándose á todas las secciones de Francia á practicar lo mismo; pero los intrigantes que agitaban las secciones y deseaban impeler á la oposición hasta insurreccionarse, anhelaban un plan más extenso. Querían que las asambleas primarias, después de haber aceptado la Constitución, rechazando los decretos de los días 5 y 13 fructidor, se constituyesen en permanencia; que declarasen haber expirado los poderes de la Convención, y que las juntas electorales eran libres para elegir á sus diputados dondequiera que les conviniera tomarlos; y finalmente, que no consentían en separarse hasta que no estuviese instalado el nuevo cuerpo legislativo. Los agentes de Lamaitre circularon este plan por las inmediaciones de París, y escribieron á Normandía, donde se intrigaba mucho por el régimen de 91, á Bretaña, á la Gironda y á todos los puntos en que tenían relaciones. Interceptóse una de sus cartas y se publicó en la tribuna; mas la Convención vió sin temor los preparativos que contra ella se hacían, esperando tranquila la resolución de las asambleas primarias de toda la Francia, segura de que la mayoría iba á pronunciarse en su favor. Sin embargo, sospechando que se trataba de una nueva jornada, mandó avanzar algunas tropas, y reuniólas en el campo de Sablóns á la vista de París.

La sección Lepelletier, llamada en otro tiempo de Santo Tomás, no podía menos de distinguirse en esta ocasión: presentóse con las de Mail, de la Butte-des-Moulins, de los Campos Elíseos y del Teatro Francés (Odeón) para entregar peticiones á la Asamblea. Todas estaban acordes en preguntar si los parisienses habían desmerecido y si se desconfiaba de ellos, puesto que se llamaba á las tropas; quejábanse de la supuesta violencia hecha en su elección, y usaban estas insolentes expresiones: «Mereced nuestra elección y no nos la impongáis.» La Convención contestó con firmeza á todas estas exposiciones, limitándose á decir que esperaba respetuosamente la manifestación de la voluntad nacional, que se sometería apenas fuese reconocida y que obligaría á todo el mundo á acatarla.

Lo que se quería sobre todo era restablecer un punto central para comunicarse con todas las secciones, dárles un impulso común y organizar así la revolución. Habíanse tenido hartos ejemplos á la vista para saber que esta era la primera necesidad. La sección Lepelletier se constituyó en centro, teniendo derecho á este honor, porque fué siempre la más ardiente; y comenzó por publicar un manifiesto, tan torpe como inútil, para garantizarse. Los poderes del cuerpo constituyente, decía, cesaban en presencia del pueblo soberano; las asambleas primarias, representando este último, tenían derecho á expresar una opinión cualquiera sobre la Constitución y los decretos; hallábanse bajo la salvaguardia unas de otras, y debíanse la garantía recíproca de su independencia. Nadie negaba esto, salvo una modificación que era preciso agregar á estas máximas, y era que el cuerpo constituyente conservase sus poderes hasta que se conociera la resolución de la mayoría. En cuanto á lo demás, estas vanas generalidades no eran sino un medio para llegar á otra medida. La sección Lepelletier propuso á las cuarenta y ocho de París que designase cada cual un

comisionado, para manifestar los sentimientos de los ciudadanos de la capital sobre la Constitución y los decretos. Aquí comenzaba la infracción de las leyes, porque estaba prohibido á las asambleas primarias comunicarse entre sí y enviar comisionados ó informes. La Convención anuló el acuerdo, declarando que consideraría su ejecución como un atentado contra la seguridad pública.

Como las secciones no estaban aún bastante animadas, cedieron desde luego comenzando á recoger los votos sobre la Constitución y los decretos, siendo su primera medida expulsar, sin ninguna forma legal, á los patriotas que iban á votar en su seno. En las unas no se hizo más que ponerlos sencillamente á la puerta de la calle; en otras se les significó por medio de carteles que debían permanecer en sus casas, y que si se presentaban en la sección se les echaría ignominiosamente.

Los individuos privados así de ejercer sus derechos eran muy numerosos, y acudieron á la Convención para reclamar contra la violencia que se les hacía. La Convención desaprobó la conducta de las secciones, pero rehusó intervenir, para que no pareciese que reclutaba votos y para que el abuso mismo probase la libertad de la deliberación. Los patriotas expulsados de las secciones se habían refugiado en las tribunas de la Convención; ocupábanlas en gran número, y diariamente pedían á los comités la devolución de sus armas, asegurando que estaban dispuestos á emplearlas en defensa de la república. Todas las secciones de París, excepto la de los Trescientos, aceptaron la Constitución, desechando los decretos; pero no sucedió lo mismo en el resto de Francia. La oposición, como siempre sucede, era menos ardiente en las provincias que en la capital. Los realistas, los intrigantes y los ambiciosos, que tenían interés en apresurar la renovación del cuerpo legislativo y del gobierno, no eran numerosos sino en París; por eso en las provincias permanecieron tranquilas las asambleas, aunque perfectamente libres, y adoptaron la Constitución casi por unanimidad y los decretos por una gran mayoría.

En cuanto á los ejércitos, recibieron la Constitución con entusiasmo en Bretaña y la Vendée, en los Alpes y el Rhin. En los campamentos, convertidos en asambleas primarias, resonaron las aclamaciones; abundaban allí los hombres fieles á la revolución, que le eran afechos por los sacrificios mismos hechos en su favor. El desencadenamiento que se manifestaba en París contra el gobierno revolucionario era completamente desconocido en los ejércitos: los quintos de 1793, cuyo número era muy crecido, conservaban el más grato recuerdo de aquel famoso comité, que los había conducido y alimentado mejor que el nuevo gobierno. Arrancados de la vida privada, acostumbrados á luchar contra la fatiga y la muerte, alimentándose de gloria é ilusiones, tenían aún ese entusiasmo que en el interior de Francia comenzaba á desvanecerse; enorgullecíanse de titularse soldados de una república defendida por ellos contra todos los reyes de Europa y que en cierto modo era su obra, y juraban sinceramente no dejarla perecer. El ejército del Sambre y Mosa, mandado por Jourdan, participaba de los nobles sentimientos de su valeroso jefe: él era el que había vencido en Watignies, haciendo levantar el bloqueo de Maubeuge; él era el que había

vencido en Fleurus, dando la Bélgica á Francia; era en fin el que por las victorias de l'Ourthe y del Roer acababa de asegurar la línea del Rhin. Este ejército, el más merecedor de la república, era también el más afecto á ella. Acababa de pasar el Rhin; detúvose en el campo de batalla, y se vió á sesenta mil hombres aceptar á la vez la nueva Constitución republicana.

Estas noticias, llegando sucesivamente á París, regocijaron á la Convención, contristando mucho á los individuos de las secciones. Diariamente iban á presentar exposiciones en que declaraban el voto de su asamblea, anunciando con insultante alegría que la Constitución quedaba aceptada y desechados los decretos. Los patriotas reunidos en las tribunas murmuraban; pero en el mismo instante leíanse las actas remitidas por los departamentos, que anunciaban casi todas la aceptación de la Constitución y de los decretos. Entonces aplaudían furiosamente los patriotas, burlándose con sus manifestaciones de alegría de los peticionarios de las secciones sentados en la barra. Los últimos días de fructidor se pasaron en escenas de este género, hasta que al fin se proclamó el resultado general de la votación el 1.º vendimiario del año IV (23 septiembre de 1795).

La Constitución quedaba aceptada casi por unanimidad de los votantes, y los decretos por una inmensa mayoría. Sin embargo, habíanse emitido algunos miles de votos contra los decretos, y acá y allá osaron algunos pedir un rey: esto era una prueba suficiente de que había reinado la más completa libertad en las asambleas primarias. Aquel mismo día la Convención declaró solemnemente leyes del Estado, la Constitución y los decretos, declaración que fué acogida con prolongados aplausos. Decretóse después que las asambleas primarias que no hubieran nombrado aún sus electores, deberían hacerlo antes del 10 vendimiario (2 de octubre); que las asambleas electorales se formarían el 20, debiendo terminar sus operaciones el 29 lo más tarde (21 de octubre); y por último, que el nuevo cuerpo legislativo se reuniría el 15 brumario (6 de noviembre).

Esta noticia fué un rayo para las secciones: habían esperado hasta el último momento que Francia emitiría un voto semejante al de París y que se verían libres de lo que ellos llamaban los dos tercios; pero el último decreto no les dejaba ya ninguna esperanza. Afectando no creer en el recuento legal de los votos, enviaron comisionados al comité de los decretos para revisar las comunicaciones; este paso injurioso no fué mal acogido; consintióse en enseñarles los documentos, dejándoles contar los votos, que resultaron exactos. Desde aquel momento no pudieron oponer ya la desgraciada objeción de un error ó un engaño en el cálculo; no les quedaba otro medio sino insurreccionarse, pero era una medida violenta y no fácil resolverse á ella. Los ambiciosos que deseaban afejar á los hombres de la revolución para ocupar su puesto en el gobierno republicano; los jóvenes que deseaban hacer alarde de su valor, y muchos de los cuales habían servido ya; y los realistas, en fin, que no tenían otro recurso sino un ataque á viva fuerza, podían exponerse voluntariamente á las eventualidades de un combate; pero aquel grupo de hombres pacíficos que figuraban en las secciones más bien por temor á los terroristas que por valor político, no se decidirían fácilmente. Por lo pronto, la insurrección no convenía

á sus principios; y en efecto, ¿cómo los enemigos de la anarquía podían atacar el poder establecido y reconocido? Verdad es que los partidos temen poco las contradicciones; pero los menestrales, que no se habían separado nunca de su mostrador ó de sus casas, no osarían atacar á las tropas de línea armadas de cañones. Sin embargo, los intrigantes realistas y los ambiciosos se precipitaron en las secciones; hablaron de interés público y de honor; dijeron que no había seguridad si seguían en el gobierno los convencionales; que se estaría expuesto siempre al terrorismo; y que por lo demás era vergonzoso retroceder y someterse. Excitóse la vanidad de los jóvenes que volvían de los ejércitos; hicieron mucho ruido; persuadieron á los tímidos; impidieronles manifestar sus temores, y se preparó todo para un ruidoso golpe. Varios grupos de jóvenes recorrían las calles gritando: *¡Fuera los dos tercios!*, y cuando los soldados de la Convención querían dispersarlos para impedir que profiriesen gritos sediciosos, contestaban á tiros. Hubo diversos motines y se hizo fuego en el centro mismo del Palacio Real.

Lamaitre y sus colegas, viendo el éxito de sus proyectos, hicieron venir á París á varios jefes de chuanes y á cierto número de emigrados: teníanlos ocultos, y sólo esperaban la primera señal para que salieran. Habían conseguido promover motines en Orleans, Chartres, Dreux, Verneuil y Nonancourt. En Chartres, el representante Letellier, no habiendo podido impedir un motín, se disparó un pistoletazo. Aunque estos movimientos se hubieran reprimido, si en París se efectuaban con éxito, podrían producir un levantamiento general: no se olvidó nada para fomentarle, y muy pronto pareció completo el triunfo de los conspiradores.

Aún no estaba resuelto el proyecto de insurrección; pero los honrados menestrales de París se dejaban seducir poco á poco por jóvenes é intrigantes, y muy pronto, de una bravata en otra, iban á quedar irrevocablemente comprometidos. La sección Lepelletier era siempre la más tumultuosa. Como ya hemos dicho, antes de pensar en tentativa alguna, lo esencial era establecer una dirección central: buscábase hacia mucho tiempo el medio, y se pensó que la asamblea de los electores, nombrada por todas las primarias de París, podría ser esta autoridad central; pero, según el último decreto, dicha asamblea no podía reunirse antes del 20, y no se quería esperar tanto tiempo. La sección Lepelletier imaginó entonces un acuerdo, fundado en un motivo bastante regular. La Constitución, decía, no dejaba sino veinte días de intervalo entre la reunión de las asambleas primarias y las electorales; las primeras se habían convocado esta vez el 20 fructidor, y las segundas debían reunirse por lo tanto el 10 vendimiario. La Convención había fijado esta reunión para el 20; pero fué evidentemente con el objeto de retardar más aún la hora de poner en vigor la Constitución y la participación en el poder con el nuevo tercio. En su consecuencia, para resguardar los derechos de los ciudadanos, la sección Lepelletier acordaba que los electores ya nombrados se reunieran en el acto, comunicando el acuerdo á las otras secciones para que le aprobasen. Hicieronlo varias de ellas, y fijóse la reunión para el 11 en el Teatro Francés.

El 11 vendimiario (3 de octubre) una parte de los

electores se reunió en la sala del teatro, bajo la protección de algunos batallones de la guardia nacional. Una multitud de curiosos acudió al punto á la plaza del Odeón, formándose bien pronto un considerable grupo. Los comités de seguridad general y de salvación pública y los tres representantes que desde el 4 pradiel habían conservado el mando de la fuerza armada hallábanse reunidos en las ocasiones importantes, y corrieron al momento á la Convención á denunciar este primer paso, que denotaba evidentemente el proyecto de insurreccionarse. La Convención estaba reunida para celebrar una fiesta fúnebre en la sala de sus sesiones, en honor de los desgraciados girondinos, y habiéndose querido aplazarla, Tallián se opuso diciendo que no sería digno de la Asamblea interrumpirse y que debería cumplir con sus tareas acostumbradas en medio de todos los peligros. Expidióse entonces un decreto ordenando á toda reunión de electores formada ilegalmente antes del término prescrito ó para un objeto extraño á sus funciones electorales, que se disolviese desde luego; y para dejar una salida á los que tuviesen deseo de retroceder, añádióse en el decreto que todos aquellos á quienes se hubiera inducido á estas medidas ilegales y que volvieran inmediatamente á su deber, quedarían exentos de toda persecución.

Algunos oficiales de policía, escoltados sólo por seis dragones, fueron en seguida á la plaza del Odeón para proclamar el decreto. Los comités querían evitar en cuanto fuese posible el empleo de la fuerza: el gentío aumentaba en el Odeón, especialmente al anochecer; el interior del teatro estaba mal iluminado; muchos individuos de las secciones ocupaban los palcos, y los que habían tomado una parte activa en el movimiento paseábanse por el teatro con la mayor agitación.

No se osaba deliberar ni resolver nada, y al saber la llegada de los oficiales de policía encargados de leer el decreto, corrieron todos á la plaza del Odeón. La multitud les había rodeado ya; precipitáronse sobre ellos apagando las hachas que llevaban, y se obligó á los dragones á huir. Entonces entraron todos en la sala del teatro, congratulándose de este primer triunfo; pronunciáronse discursos, y se prometió bajo juramento resistir á la tiranía, pero sin adoptar medida alguna para apoyar el paso decisivo que acababa de darse. La noche avanzaba: muchos curiosos é individuos de las secciones se retiraban ya; la sala comenzó á quedar vacía, y abandonáronla al fin del todo al acercarse la fuerza armada, que llegó poco después. En efecto, los comités habían ordenado al general Menou, nombrado desde el 4 pradiel general del ejército del interior, que hiciera avanzar una columna del campamento de Sablóns. Esta última llegó con dos cañones, mas ya no encontró á nadie en la plaza ni en la sala del Odeón.

Aunque esta escena no produjo resultado alguno, causó, sin embargo, mucha sensación. Los de las secciones acababan de probar sus fuerzas, y habían tomado algún aliento, como sucede siempre después de la primera embestida. La Convención y sus amigos vieron con temor los sucesos de este día, y más dispuestos á creer en las resoluciones de sus adversarios que éstos á tomarlas, no dudaron ya de la sublevación. Los patriotas, descontentos de la Convención que con tanta aspereza les había tratado, pero poseídos de su costum-

brado entusiasmo, comprendieron que debían sacrificar sus resentimientos á la causa, y en la misma noche acudieron en tropel á los comités para ofrecerles su defensa y pedir armas. Los unos habían salido el día antes de las prisiones, los otros acababan de ser expulsados de las asambleas primarias. Todos tenían grandes motivos para mostrarse tan celosos. Agregábanse á ellos muchos oficiales separados del ejército por el reaccionario Aubry.

Los termidorianos, que dominaban siempre en los comités y que volvían á ser amigos de la Montaña, no vacilaron en acoger los ofrecimientos de los patriotas, habiendo apoyado su opinión más de un girondino. En varias reuniones celebradas en casa de un amigo de los girondinos y termidorianos, Louvet había propuesto ya volver á armar los arrabales y abrir de nuevo el club de los jacobinos, con la condición de cerrarle en seguida si todavía era necesario. No se vaciló, pues, en facilitar armas á todos los ciudadanos que se presentaron, ni en darles por oficiales á los militares que se hallaban en París sin empleo: el mando en jefe se encargó al anciano y valiente general Berruyer. Hizose el armamento en la misma mañana del 12, y habiendo circulado la noticia inmediatamente por todos los barrios, fué un buen pretexto para los alborotadores de las secciones que querían comprometer á los pacíficos ciudadanos de París. La Convención, decían, intentaba renovar el terror, puesto que acababa de armar otra vez á los terroristas é iba á lanzarlos contra los hombres de bien, y que no hallándose ya seguras ni las propiedades ni las personas, debía acudirse á las armas para defenderse. En efecto, las secciones de Lepelletier, la Butte-des-Moullins, el Contrato Social, el Teatro Francés, el Luxemburgo, la de la calle Poissonniere, las de Bruto y del Temple se declararon en rebelión, hicieron tocar generala por sus barrios y obligaron á todos los ciudadanos de la guardia nacional á acudir á sus batallones para conservar la seguridad pública amenazada por los terroristas. La sección de Lepelletier se constituyó al punto en permanencia, haciéndose el centro de todas las intrigas contrarrevolucionarias. Los tambores y proclamistas de las secciones se esparcieron por París con singular audacia y dieron la señal del levantamiento; de modo que los ciudadanos, alarmados con las noticias que corrían, se trasladaron á sus secciones dispuestos á ceder á todas las sugerencias de una juventud imprudente y de una facción páfida.

También la Convención se declaró al punto en sesión permanente, y ordenó á sus comisiones que vigilasen por la seguridad pública y la observancia de sus decretos. Anuló la ley que mandaba el desarme de los patriotas, y legalizó así las providencias tomadas por sus comités; pero publicó al mismo tiempo una proclama para tranquilizar á los habitantes de París y asegurarles las buenas intenciones y el patriotismo de los hombres á quienes se acababa de dar las armas.

Viendo los comités que la sección de Lepelletier era el foco de todas las intrigas, y que acaso sería pronto el cuartel general de los rebeldes, decidieron que se cercase y desarmase aquel mismo día, y Menou recibió de nuevo la orden de salir de Sablóns con un cuerpo de tropas y artillería. Este general, que era un buen oficial y ciudadano pacífico y moderado, sufrió durante la re-

volución las mayores penas y persecuciones. Encargado de combatir en la Vendée, fué el blanco de todas las tropelías del partido Ronsín; y trasladado á París para ser encausado, sólo debió la vida al 9 termidor. Nombrado general del ejército en 4 pradiel, y comisionado para dirigirse contra los arrabales, tuvo que combatir con unos hombres que eran sus enemigos naturales, perseguidos además por la opinión, y que en fin, en medio de su energía les importaba muy poco la vida de los demás para que se tuviese escrúpulo en sacrificar la suya; pero á la sazón debía hacerse fuego, si se obstinaba en su imprudencia, á la brillante población de la capital, á la juventud de las mejores familias, finalmente, á la clase que constituía la opinión. Hallábase, pues, en una cruel incertidumbre, como sucede siempre al hombre débil, que no sabe ni renunciar su puesto, ni resolverse á una determinación vigorosa. Hizó salir su gente muy tarde; dejó que las secciones proclamasen cuanto quisieron en la asonada del 12, y en vez de obrar, empezó á negociar secretamente con algunos de sus jefes, declarando á los tres representantes encargados de dirigir la fuerza armada que no quería tener á sus órdenes al batallón de los patriotas. Los representantes le respondieron que este batallón no se hallaba más que á las órdenes del general Berruyer, y le obligaron á que emplease su fuerza, sin denunciar aún á ambos comités sus incertidumbres y debilidad. La misma repugnancia hallaron en más de un oficial y en los dos generales de brigada. Despierre y Debard, que pretextando una enfermedad no se hallaban en su puesto. Por último, á la caída de la tarde, Menou avanzó con el representante Laporte sobre la sección Lepelletier, establecida en el convento de las monjas de Santo Tomás, al que ha substituído después el magnífico edificio de la Bolsa. Dirigióse por la calle Vivienne, y Menou aglomeró en ella su infantería, su caballería y artillería, tomando una posición en que se le hubiera batido sin dificultad, rodeado como estaba por la multitud de las secciones, que cerraba todas las salidas llenando las ventanas de las casas. Menou hizo rodar sus cañones hasta la puerta del convento, entrando después con el representante Laporte y un batallón en la sala misma de la sección, cuyos individuos, en vez de estar reunidos como una asamblea que delibera, hallábanse armados y formados en línea, con su presidente á la cabeza, Mr. Delalot. El general y el representante les intimaron á rendir las armas, pero negáronse á ello; y viendo el presidente Delalot la timidez con que se hacía la intimación, contestó con calor, dirigió la palabra á los soldados de Menou, muy oportuna y razonadamente, y declaró que sería necesario apelar al último extremo para arrancar sus armas á la sección. Combatir en aquel reducido espacio, ó retirarse para abrasar el salón á cañonazos, era una dolorosa alternativa; pero si Menou hubiese hablado con firmeza, asestando su artillería, dudoso es que los individuos de la sección hubiesen persistido resueltamente hasta el fin. Menou y Laporte prefirieron una capitulación, prometiendo mandar á las tropas convencionales retirarse si la sección hacía lo propio, lo cual prometió ó fingió prometer. Una parte del batallón desfiló como para retirarse, y Menou salió también con su gente, disponiendo luego que retrocediesen las columnas, las cuales cruzaron luego con di-

ficultad entre la multitud agolpada en los barrios antiguos.

Mientras el general tenía la debilidad de ceder ante la firmeza de la sección Lepelletier, ésta había vuelto á entrar en el salón de sus sesiones, y orgullosa por haber resistido, enardeciase más en su rebelión. Inmediatamente comenzó á circular el rumor de que los decretos no se habían ejecutado; que la insurrección quedaba victoriosa, y que las tropas volvían sin haber conseguido hacer triunfar la autoridad de la Convención. Muchos testigos de esta escena corrieron á las tribunas de la Asamblea, que estaba en sesión permanente, y habiendo advertido á los diputados, oyóse gritar por todas partes: ¡Estamos vendidos! ¡A la barra el general Menou! Después se intimó á los comités á presentarse para dar explicaciones.

En aquel momento, advertidos los comités de lo que acababa de ocurrir, hallábanse poseídos de la mayor agitación. Queríase arrestar á Menou y juzgarle en el acto; mas nada se conseguía con esto; era preciso hacer lo que él no hizo. Sin embargo, cuarenta representantes discutiendo sobre las medidas que debían adoptarse no eran los más propios para entenderse y obrar con la precisión y el vigor necesarios, ni constituían tampoco una autoridad bastante enérgica tres diputados encargados de dirigir la fuerza armada. Pensóse en nombrar un jefe, como en todas las ocasiones decisivas, y en aquel instante, que recordaba todos los peligros de termidor, hizose mención del diputado Barras, que en su calidad de general de brigada recibió el mando aquel famoso día, desempeñándolo con toda la energía apetezible. El diputado Barras era hombre de elevada estatura y de voz robusta; no sabía pronunciar largos discursos; pero distinguíase en improvisar algunas frases enérgicas y vehementes, que revelaban en él un hombre resuelto y celoso. Nombrósele, pues, general del ejército del interior, y diéronle por auxiliares á los tres representantes encargados antes que él de la dirección de la fuerza armada. Una circunstancia contribuyó á que fuera feliz esta elección. Barras tenía á sus órdenes un oficial muy capaz de mandar; y como no era hombre de espíritu mezquino, jamás hubiera pensado en alejar de sí al que era más hábil que él. Todos los diputados enviados en comisión al ejército de Italia conocían al joven oficial de artillería que decidió la toma de Tolón, contribuyendo á que cayeran en nuestro poder Saorgio y las líneas del Roya. Este joven oficial, que había llegado á ser general de brigada, fué destituido después por Aubry, y hallábase en París sin empleo, reducido casi á la indigencia. Introducido en casa de la señora de Tallián, ésta le acogió con su acostumbrada bondad y hasta solicitaba por él. Era delgado y de escasa estatura; tenía las mejillas hundidas y pálidas; pero sus bellas facciones, sus ojos de mirada penetrante, su lenguaje resuelto y original, llamaban la atención. Oíasele hablar con frecuencia de un teatro de guerra decisivo, donde la república alcanzaría victorias y la paz; y este teatro era Italia, en la cual se cifraban constantemente sus aspiraciones. He aquí por qué cuando se perdieron las líneas del Apenino, bajo las órdenes de Kellermann, llamósele al comité para preguntarle su parecer. Desde entonces se le confió la redacción de los despachos, y estuvo agregado á la dirección de las operaciones mili-